



02

septiembre

Domingo XXII del Tiempo Ordinario (Ciclo B) - 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

*No añadan nada a los que yo les ordeno...
observen los mandamientos del Señor*

Lectura del libro del Deuteronomio 4, 1-2. 6-8

Moisés habló al pueblo, diciendo:

Y ahora, Israel, escucha los preceptos y las leyes que Yo les enseño para que las pongan en práctica. Así ustedes vivirán y entrarán a tomar posesión de la tierra que les da el Señor, el Dios de sus padres. No añadan ni quiten nada de lo que yo les ordeno. Observen los mandamientos del Señor, su Dios, tal como yo se los prescribo.

Obsérvenlos y pónganlos en práctica, porque así serán sabios y prudentes a los ojos de los pueblos, que al oír todas estas leyes, dirán: «¡Realmente es un pueblo sabio y prudente esta gran nación!»

¿Existe acaso una nación tan grande que tenga sus dioses cerca de ella, como el Señor, nuestro Dios, está cerca de nosotros siempre que lo invocamos? ¿Y qué gran nación tiene preceptos y costumbres tan justas como esta Ley que hoy promulgo en presencia de ustedes?

Palabra de Dios.

SALMO Sal 14, 2-5

R. Señor, ¿quién se habitará en tu Casa?

El que procede rectamente
y practica la justicia;
el que dice la verdad de corazón
y no calumnia con su lengua. **R.**

El que no hace mal a su prójimo
ni agravia a su vecino,
el que no estima a quien Dios reprueba
y honra a los que temen al Señor. **R.**

El que no se retracta de lo que juró
aunque salga perjudicado.
El que no presta su dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que procede así, nunca vacilará. **R.**

Pongan en práctica la palabra

Lectura de la carta del apóstol Santiago 1, 17-18. 21b-22. 27

Queridos hermanos:

Todo lo que es bueno y perfecto es un don de lo alto y descende del Padre de los astros luminosos, en quien no hay cambio ni sombra de declinación. Él ha querido engendrnarnos por su Palabra de verdad, para que seamos como las primicias de su creación.

Reciban con docilidad la Palabra sembrada en ustedes, que es capaz de salvarlos. Pongan en práctica la Palabra y no se contenten sólo con oírla, de manera que se engañen a ustedes mismos.

La religiosidad pura y sin mancha delante de Dios, nuestro Padre, consiste en ocuparse de los huérfanos y de las viudas cuando están necesitados, y en no contaminarse con el mundo.

Palabra de Dios.

ALELUIA Sant 1, 18

Aleluia.

El Padre ha querido engendrnarnos
por su Palabra de verdad,
para que seamos como las primicias de su creación.

Aleluia.

EVANGELIO

*Dejan de lado el mandamiento de Dios,
por seguir la tradición de los hombres*

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos 7, 1-8. 14-15. 21-23

Los fariseos con algunos escribas llegados de Jerusalén se acercaron a Jesús, y vieron que algunos de sus discípulos comían con las manos impuras, es decir, sin lavar.

Los fariseos, en efecto, y los judíos en general, no comen sin lavarse antes cuidadosamente las manos, siguiendo la tradición de sus antepasados; y al volver del mercado, no comen sin hacer primero las abluciones. Además, hay muchas otras prácticas, a las que están aferrados por tradición, como el lavado de los vasos, de las jarras y de la vajilla de bronce y de las camas.

Entonces los fariseos y los escribas preguntaron a Jesús: «¿Por qué tus discípulos no proceden de acuerdo con la tradición de nuestros antepasados, sino que comen con las manos impuras?»

Él les respondió: «¡Hipócritas! Bien profetizó de ustedes Isaías, en el pasaje de la Escritura que dice:

"Este pueblo me honra con los labios,

pero su corazón está lejos de mí.

En vano me rinde culto:

las doctrinas que enseñan

no son sino preceptos humanos".

Ustedes dejan de lado el mandamiento de Dios, por seguir la tradición de los hombres».

Y Jesús, llamando otra vez a la gente, les dijo: «Escúchenme todos y entiéndanlo bien. Ninguna cosa externa que entra en el hombre puede mancharlo; lo que lo hace impuro es aquello que sale del hombre. Porque es del interior, del corazón de los hombres, de donde provienen las malas intenciones, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, los engaños, las deshonestidades, la envidia, la difamación, el orgullo, el desatino. Todas estas cosas malas proceden del interior y son las que manchan al hombre».

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guión Domingo XXII Tiempo Ordinario (B)

(Domingo 2 de septiembre de 2018)

Entrada:

La Santa Misa es el culto a Dios por excelencia que se ordena a la renovación del corazón por el contacto íntimo y personal con Nuestro Señor presente en la Eucaristía. Dispongámonos a participar activa y fructuosamente de este Santo Sacrificio.

Primera Lectura:

Dt 4,1-2.6-8

Es en el corazón donde se realiza la auténtica adhesión a los mandamientos de Dios.

Segunda Lectura:

St 1,17-18.21b-22.27

El apóstol Santiago nos exhorta a recibir con docilidad la palabra sembrada en nosotros.

Evangelio:

Mc 7,1-8.14-15.21-23

Cuando el interior del hombre ha sido transformado por Cristo, también lo exterior es limpio y bueno.

Hermanos, con el corazón cerca del Señor, pidámosle humildemente por nuestras necesidades.

A cada intención respondamos cantando:

* Por el Papa Francisco, los Obispos y Sacerdotes de la Iglesia, para que la Palabra del Señor, que es fuego ardiente e incontenible, los impulse a confirmarla en la unidad y en la caridad. Oremos.

* Por las naciones en guerra, para que se derriben las enemistades que separan a los hombres enfrentados y para que sus ciudadanos sean dóciles a la voz de Dios que anuncia la paz a su pueblo. Oremos.

* Por los responsables de la justicia en los sistemas de gobiernos, para que garanticen con sus leyes el respeto y el derecho a la vida de los niños no nacidos, los ancianos y minusválidos. Oremos.

* Por aquellos matrimonios que están afrontando dificultades, para que el verdadero amor no exento de sacrificio sea la salvaguarda de la unión de los esposos. Oremos.

Escucha Padre la oración de tus hijos, y ayúdanos a convertir nuestro interior. Por Jesucristo nuestro Señor.

Ofertorio:

El Padre ve en el corazón, en lo íntimo del hombre, la fuente de la pureza. A Él presentamos nuestra propia oblación junto con estos dones:

* **Cirios** como signo de nuestra fe recibida para ser difundida a todos los hombres que aún no conocen a Cristo.

* **Pan y vino**, que por obra del Espíritu Santo, se harán sacramento de vida para el hombre.

Comunión:

La Eucaristía recibida con pureza de corazón establece en nosotros el reino de Dios, haciéndonos capaces de vivir su misma vida y de obrar según su amor.

Salida:

Que nuestra Madre del cielo sea nuestra maestra y guía en las obligaciones interiores del amor, de la acción de gracias, y así formemos un pueblo santo, puro, inocente y espiritual, que pueda glorificar a Dios en todos los siglos.

(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Vigésimo segundo domingo del Tiempo Ordinario (B)

CEC 577-582: Cristo y la Ley

CEC 1961-1974: la Ley antigua y el Evangelio

I JESUS Y LA LEY

577 Al comienzo del Sermón de la montaña, Jesús hace una advertencia solemne presentando la Ley dada por Dios en el Sinaí con ocasión de la Primera Alianza, a la luz de la gracia de la Nueva Alianza:

"No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será

el menor en el Reino de los cielos; en cambio el que los observe y los enseñe, ese será grande en el Reino de los cielos" (Mt 5, 17-19).

- 578 Jesús, el Mesías de Israel, por lo tanto el más grande en el Reino de los cielos, se debía sujetar a la Ley cumpliéndola en su totalidad hasta en sus menores preceptos, según sus propias palabras. Incluso es el único en poderlo hacer perfectamente (cf. Jn 8, 46). Los judíos, según su propia confesión, jamás han podido cumplir jamás la Ley en su totalidad, sin violar el menor de sus preceptos (cf. Jn 7, 19; Hch 13, 38-41; 15, 10). Por eso, en cada fiesta anual de la Expiación, los hijos de Israel piden perdón a Dios por sus transgresiones de la Ley. En efecto, la Ley constituye un todo y, como recuerda Santiago, "quien observa toda la Ley, pero falta en un solo precepto, se hace reo de todos" (St 2, 10; cf. Ga 3, 10; 5, 3).
- 579 Este principio de integridad en la observancia de la Ley, no sólo en su letra sino también en su espíritu, era apreciado por los fariseos. Al subrayarlo para Israel, muchos judíos del tiempo de Jesús fueron conducidos a un celo religioso extremo (cf. Rm 10, 2), el cual, si no quería convertirse en una casuística "hipócrita" (cf. Mt 15, 3-7; Lc 11, 39-54) no podía más que preparar al pueblo a esta intervención inaudita de Dios que será la ejecución perfecta de la Ley por el único Justo en lugar de todos los pecadores (cf. Is 53, 11; Hb 9, 15).
- 580 El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo (cf. Ga 4, 4). En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino "en el fondo del corazón" (Jr 31, 33) del Siervo, quien, por "aportar fielmente el derecho" (Is 42, 3), se ha convertido en "la Alianza del pueblo" (Is 42, 6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo "la maldición de la Ley" (Ga 3, 13) en la que habían incurrido los que no "practican todos los preceptos de la Ley" (Ga 3, 10) porque, ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza" (Hb 9, 15).
- 581 Jesús fue considerado por los Judíos y sus jefes espirituales como un "rabbi" (cf. Jn 11, 28; 3, 2; Mt 22, 23-24, 34-36). Con frecuencia argumentó en el marco de la interpretación rabínica de la Ley (cf. Mt 12, 5; 9, 12; Mc 2, 23-27; Lc 6, 6-9; Jn 7, 22-23). Pero al mismo tiempo, Jesús no podía menos que chocar con los doctores de la Ley porque no se contentaba con proponer su interpretación entre los suyos, sino que "enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas" (Mt 7, 28-29). La misma Palabra de Dios, que resonó en el Sinaí para dar a Moisés la Ley escrita, es la que en él se hace oír de nuevo en el Monte de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5, 1). Esa palabra no revoca la Ley sino que la perfecciona aportando de modo divino su interpretación definitiva: "Habéis oído también que se dijo a los antepasados ... pero yo os digo" (Mt 5, 33-34). Con esta misma autoridad divina, desaprueba ciertas "tradiciones humanas" (Mc 7, 8) de los fariseos que "anulan la Palabra de Dios" (Mc 7, 13).
- 582 Yendo más lejos, Jesús da plenitud a la Ley sobre la pureza de los alimentos, tan importante en la vida cotidiana judía, manifestando su sentido "pedagógico" (cf. Ga 3, 24) por medio de una interpretación divina: "Todo lo que de fuera entra en el hombre no puede hacerle impuro ... -así declaraba puros todos los alimentos- ... Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas" (Mc 7, 18-21). Jesús, al dar con autoridad divina la interpretación definitiva de la Ley, se vio enfrentado a algunos doctores de la Ley que no recibían su interpretación a pesar de estar garantizada por los signos divinos con que la acompañaba (cf. Jn 5, 36; 10, 25. 37-38; 12, 37). Esto ocurre, en particular, respecto al problema del sábado: Jesús recuerda, frecuentemente con argumentos rabínicos (cf. Mt 2,25-27; Jn 7, 22-24), que el descanso del sábado no se quebranta por el servicio de Dios (cf. Mt 12, 5; Nm 28, 9) o al prójimo (cf. Lc 13, 15-16; 14, 3-4) que realizan sus curaciones.
-

II LA LEY ANTIGUA

1961 Dios, nuestro Creador y Redentor, eligió a Israel como su pueblo y le reveló su Ley, preparando así la venida de Cristo. La Ley de Moisés contiene muchas verdades naturalmente accesibles a la razón. Estas están declaradas y autenticadas en el interior de la Alianza de la salvación.

1962 La Ley antigua es el primer estado de la Ley revelada. Sus prescripciones morales están resumidas en los Diez mandamientos. Los preceptos del Decálogo establecen los fundamentos de la vocación del hombre, formado a imagen de Dios. Prohíben lo que es contrario al amor de Dios y del prójimo, y prescriben lo que le es esencial. El Decálogo es una luz ofrecida a la conciencia de todo hombre para manifestarle la llamada y los caminos de Dios, y para protegerle contra el mal:

Dios escribió en las tablas de la ley lo que los hombres no leían en sus corazones (S. Agustín, Sal. 57,1).

1963 Según la tradición cristiana, la Ley santa (cf. Rm 7,12), espiritual (cf Rm 7,14) y buena (cf Rm 7,16) es todavía imperfecta. Como un pedagogo (cf Gal 3,24) muestra lo que es preciso hacer, pero no da de suyo la fuerza, la gracia del Espíritu para cumplirlo. A causa del pecado, que ella no puede quitar, no deja de ser una ley de servidumbre. Según S. Pablo tiene por función principal denunciar y manifestar el pecado, que forma una "ley de concupiscencia" (cf Rm 7) en el corazón del hombre. No obstante, la Ley constituye la primera etapa en el camino del Reino. Prepara y dispone al pueblo elegido y a cada cristiano a la conversión y a la fe en el Dios Salvador. Proporciona una enseñanza que subsiste para siempre, como la Palabra de Dios.

1964 La Ley antigua es una preparación para el Evangelio. "La ley es profecía y pedagogía de las realidades venideras" (S. Ireneo, haer. 4, 15, 1). Profetiza y presagia la obra de liberación del pecado que se realizará con Cristo; suministra al Nuevo Testamento las imágenes los "tipos", los símbolos para expresar la vida según el Espíritu. La Ley se completa mediante la enseñanza de los libros sapienciales y de los profetas, que la orientan hacia la Nueva Alianza y el Reino de los Cielos.

Hubo..., bajo el régimen de la antigua alianza, gentes que poseían la caridad y la gracia del Espíritu Santo y aspiraban ante todo a las promesas espirituales y eternas, en lo cual se adherían a la ley nueva. Y al contrario, existen, en la nueva alianza, hombres carnales, alejados todavía de la perfección de la ley nueva: para incitarlos a las obras virtuosas, el temor del castigo y ciertas promesas temporales han sido necesarias, incluso bajo la nueva alianza. En todo caso, aunque la ley antigua prescribía la caridad, no daba el Espíritu Santo, por el cual "la caridad es difundida en nuestros corazones" (Rm 5,5) (S. Tomás de Aquino, s. th. 1-2, 107,1 ad 2).

III LA LEY NUEVA O LEY EVANGELICA

1965 La ley nueva o Ley evangélica es la perfección aquí abajo de la ley divina, natural y revelada. Es obra de Cristo y se expresa particularmente en el Sermón de la montaña. Es también obra del Espíritu Santo, y por él viene a ser la ley interior de la caridad: "Concertaré con la casa de Israel una alianza nueva...pondré mis leyes en su mente, en sus corazones las grabaré; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Hb 8,8-10; cf Jr 31,31-34).

1966 La ley nueva es la gracia del Espíritu Santo dada a los fieles mediante la fe en Cristo. Obra por la caridad, utiliza el Sermón del Señor para enseñarnos lo que hay que hacer, y los sacramentos para comunicarnos la gracia de hacerlo:

El que quiera meditar con piedad y perspicacia el Sermón que nuestro Señor pronunció en la montaña, según lo leemos en el Evangelio de S. Mateo, encontrará en él sin duda alguna la carta perfecta de la vida cristiana...Este Sermón contiene todos los preceptos propios para guiar la vida cristiana (S. Agustín, serm. Dom. 1,1):

- 1967 La Ley evangélica "da cumplimiento" (cf Mt 5,17-19), purifica, supera, y lleva a su perfección la Ley antigua. En las "Bienaventuranzas" da cumplimiento a las promesas divinas elevándolas y ordenándolas al "Reino de los Cielos". Se dirige a los que están dispuestos a acoger con fe esta esperanza nueva: los pobres, los humildes, los afligidos, los limpios de corazón, los perseguidos a causa de Cristo, trazando así los caminos sorprendentes del Reino.
- 1968 La Ley evangélica lleva a plenitud los mandamientos de la Ley. El Sermón del monte, lejos de abolir o devaluar las prescripciones morales de la Ley antigua, extrae de ella las virtualidades ocultas y hace surgir de ella nuevas exigencias: revela toda su verdad divina y humana. No añade preceptos exteriores nuevos, pero llega a reformar la raíz de los actos, el corazón, donde el hombre elige entre lo puro y lo impuro (cf Mt 15,18-19), donde se forman la fe, la esperanza y la caridad, y con ellas las otras virtudes. El Evangelio conduce así la Ley a su plenitud mediante la imitación de la perfección del Padre celestial (cf Mt 5,48), mediante el perdón de los enemigos y la oración por los perseguidores, según el modelo de la generosidad divina (cf Mt 5,44).
- 1969 La Ley nueva practica los actos de la religión: la limosna, la oración y el ayuno, ordenándolos al "Padre que ve en lo secreto" por oposición al deseo "de ser visto por los hombres" (cf Mt 6,1-6. 16-18). Su oración es el Padre Nuestro (Mt 6,9-13).
- 1970 La Ley evangélica entraña la elección decisiva entre "los dos caminos" (cf Mt 7,13-14) y la práctica de las palabras del Señor (cf Mt 7,21-27); está resumida en la regla de oro: "Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros; porque esta es la Ley y los profetas" (Mt 7,12; cf Lc 6,31).
- Toda la Ley evangélica está contenida en el "mandamiento nuevo" de Jesús (Jn 13,34): amarnos los unos a los otros como él nos ha amado (cf Jn 15,12).
- 1971 Al Sermón del monte conviene añadir la catequesis moral de las enseñanzas apostólicas, como Rm 12-15; 1 Co 12-13; Col 3-4; Ef 4-5, etc. Esta doctrina trasmite la enseñanza del Señor con la autoridad de los apóstoles, especialmente exponiendo las virtudes que se derivan de la fe en Cristo y que anima la caridad, el principal don del Espíritu Santo. "Vuestra caridad se sin fingimiento...amándoos cordialmente los unos a los otros...con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad" (Rm 12,9-13). Esta catequesis nos enseña también a tratar los casos de conciencia a la luz de nuestra relación con Cristo y con la Iglesia (cf Rm 14; 1 Co 5-10).
- 1972 La Ley nueva es llamada ley de amor, porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor; ley de gracia, porque confiere la fuerza de la gracia para obrar mediante la fe y los sacramentos; ley de libertad (cf St 1,25; 2,12), porque nos libera de las observancias rituales y jurídicas de la Ley antigua, nos inclina a obrar espontáneamente bajo el impulso de la caridad y nos hace pasar de la condición del siervo "que ignora lo que hace su señor", a la de amigo de Cristo, "porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15,15), o también a la condición de hijo heredero (cf Gál 4,1-7. 21-31; Rm 8,15).
- 1973 Más allá de los preceptos, la Ley nueva contiene los consejos evangélicos. La distinción tradicional entre mandamientos de Dios y consejos evangélicos se establece por relación a la caridad, perfección de la vida cristiana. Los preceptos están destinados a apartar lo que es incompatible con la caridad. Los consejos tienen por fin apartar lo que, incluso sin serle contrario, puede constituir un impedimento al desarrollo de la caridad (cf S. Tomás de Aquino, s.th. 2-2, 184,3).
- 1974 Los consejos evangélicos manifiestan la plenitud viva de una caridad que nunca se sacia. Atestiguan su fuerza y estimulan nuestra prontitud espiritual. La perfección de la Ley nueva consiste esencialmente en los preceptos

del amor de Dios y del prójimo. Los consejos indican vías más directas, medios más apropiados, y han de practicarse según la vocación de cada uno:

(Dios) no quiere que cada uno observe todos los consejos, sino solamente los que son convenientes según la diversidad de las personas, los tiempos, las ocasiones, y las fuerzas, como la caridad lo requiera. Porque es ésta la que, como reina de todas las virtudes, de todos los mandamientos, de todos los consejos, y en suma de todas leyes y de todas las acciones cristianas, la que da a todos y a todas rango, orden, tiempo y valor (S. Francisco de Sales, amor 8,6).

2. EXÉGESIS

Rudolf Schnackenburg

Jesús repudia la piedad externa y legalista judía

(Mc 7,1-23)

Esta sección, como los otros fragmentos doctrinales del Evangelio de Marcos, tiene por sí sola un fuerte significado teológico, y pone de relieve una exigencia que mira directamente a los oyentes cristianos.

Históricamente se mantiene el escenario de Galilea -han llegado de Jerusalén algunos doctores de la ley, cf. 3,22-; pero el panorama espiritual es mucho más amplio: aquellos fariseos y escribas son los representantes de la religión legalista judía. Los lectores tienen ya noticia de algunos conflictos legales -la cuestión del sábado, 2,23-28 y 3,1-6-; las asechanzas y calumnias contra Jesús no constituyen nada nuevo (cf. 2,1-22). Jesús ya ha defendido con anterioridad a sus discípulos; pero ahora el enfrentamiento adquiere caracteres fundamentales. Ya no se trata de una transgresión cualquiera de la ley tal como la exponen los fariseos -concretamente la purificación levítica-, sino que los discípulos de Jesús no observan «la tradición de los antepasados». Jesús no duda en derribar este «vallado» que rodea la ley divina y revalorizar así la pura voluntad de Dios. Jesús hace una dura crítica de la piedad externa del judaísmo de entonces. Esto le da ocasión para hablar de la pureza auténtica, de una moralidad que procede del corazón y del convencimiento interno, estableciendo así las bases de la moral cristiana.

Que Jesús quiera dirigirse a su comunidad es algo que se manifiesta claramente por el hecho de volver a impartir a los discípulos -como en el caso de las parábolas- una instrucción particular «en casa» y sin la presencia del pueblo (v. 17). Comparando esta sección con la última composición oratoria del capítulo 4, se reconoce una cierta continuación en la enseñanza. Así como allí se desarrollaba el mensaje del reino de Dios aplicándolo a los lectores cristianos a quienes se exhortaba a una escucha atenta y a una conducta moral fecunda, así ahora es la moral cristiana el tema central de la instrucción. En este aspecto la sección viene a ser una especie de réplica del sermón de la montaña que aparece en Mateo y en Lucas, pero que Marcos no nos ha transmitido. Es verdad que Mateo trae expresamente también la controversia a propósito de lo que es puro e impuro (c. 15), pero la presenta de un modo algo distinto; Lucas la suprime porque las circunstancias y las cosas concretas judías, de que aquí se trata, no le parecieron lo bastante comprensibles para sus lectores cristianos procedentes de la gentilidad.

El problema de en qué consiste la verdadera moralidad y cómo es posible realizarla, resultaba inevitable para la fe cristiana, pues que Jesús ha vinculado de manera indisoluble religión y moral, fe y amor. Para la moral cristiana siempre resulta actual el problema acerca de la ley y la conciencia, los mandamientos externos y la obligatoriedad interna, aun cuando ya no tenga que enfrentarse con el legalismo judío. De la doctrina de Jesús Marcos ha conservado aquí una respuesta, que representa una decisión fundamental y que apunta al futuro.

Que en este capítulo se trata de algo más que de reproducir un episodio histórico, lo demuestran su disposición y su orientación ideológica. Los fariseos y los doctores de la ley plantean el problema de la purificación levítica, es decir, de determinados lavatorios rituales prescritos (v. 1-6). Mas Jesús pasa inmediatamente al ataque en un terreno mucho más amplio. A la pregunta y reproche de sus enemigos: «¿Por qué tus discípulos no siguen la tradición de los antepasados?», Jesús responde afirmando que ellos abandonan el mandamiento divino por conformarse a la tradición de los hombres (v. 8), y se lo demuestra con un ejemplo (v. 10-13). Sólo en la instrucción al pueblo (v 14 ss) y a los discípulos (v 17-23) se trata más tarde el problema de lo puro y lo impuro, pero de una forma radical que desborda el planteamiento inicial del problema. De este modo la disputa circunstancial sirve de ocasión a una exposición más profunda y a una declaración fundamental de Jesús. Esta presentación no es casual; con fina sensibilidad ha anticipado el evangelista la polémica para exponer después la instrucción positiva. La aplicación a la comunidad se manifiesta hasta en el mismo catálogo de vicios, formulado en un tono, más helenista que en Mateo. Por eso leemos la sección con la mirada puesta en la comunidad distinguiendo en ella dos temas: estatutos humanos y precepto divino (v. 1 -13); lo puro y lo impuro (v 14 23).

a) Estatutos humanos y precepto divino (Mc/07/01-13).

1 Se reúnen en torno a él los fariseos y algunos de los escribas llegados de Jerusalén. 2 Y al ver que algunos de sus discípulos se ponían a comer con manos impuras, esto es, sin lavárselas -3 pues los fariseos y los judíos en general, no comen sin lavarse antes las manos con un puñado de agua, por guardar fielmente la tradición de los antepasados, 4 y al volver de la plaza no se ponen a comer sin antes sumergir sus manos en el agua, y hay otras muchas prácticas que aprendieron a guardar por tradición, como lavar los vasos, las jarras y la vajilla de metal-, 5 le preguntan, pues, los fariseos y los escribas: «¿Por qué tus discípulos no siguen la tradición de los antepasados, sino que se ponen a comer con manos impuras?» 6 Pero él les contestó «Bien profetizó Isaías de vosotros los hipócritas según está escrito: «Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí; 7 vano es, pues, el culto que rinden, cuando enseñan doctrinas que sólo son preceptos humanos» (Isa 29:13). 8 Dejáis el mandamiento de Dios, por aferraros a la tradición de los hombres.»

Los fariseos (cf. 2,16.18.24) eran una fraternidad organizada o un partido religioso, sobre los que fácilmente nos forjamos falsas ideas. En modo alguno se identificaban sin más ni más con lo que hoy entendemos por hipócrita, con quienes sólo pretenden deslumbrar con una piedad de apariencias. Por fidelidad a la ley de los padres querían cumplir en conciencia todas las prescripciones para alcanzar el beneplácito divino y la salvación prometida por Dios teniendo parte en el mundo futuro. Querían dar al pueblo una santidad sacerdotal y acelerar así la venida de los tiempos mesiánicos. A causa de su serio empeño y de su entrega en favor del pueblo gozaban de gran consideración en amplios sectores. Por lo demás en su celo religioso daban gran valor hasta a las prescripciones más insignificantes. No se contentaban con los preceptos contenidos en el Antiguo Testamento, sino que seguían otras muchas prescripciones que sus doctores de la ley habían dado mediante la interpretación y acomodación de la ley mosaica. Estas son las tradiciones de los antepasados que Jesús ataca.

Las prescripciones purificadoras, a que alude el presente texto, obligaban en su origen a los sacerdotes que ejercían el servicio litúrgico en el santuario; pero los fariseos querían extenderlas a todo el pueblo y a la vida cotidiana para preparar así a Dios un pueblo sacerdotal y santo. Las crecientes prescripciones de acuerdo con «la tradición de los antepasados» llegaron a equipararse a la ley mosaica y representaban una carga pesada para la gente en su vida de todos los días. Los judíos que no se acomodaban a tales prescripciones eran considerados como «plebe que no conoce la ley» (cf. Jn 7.49) y hasta como transgresores de la misma ley. El afán farisaico por la observancia externa de la ley es siempre un peligro para los hombres «piadosos», que por lo mismo se consideran mejores que los demás, posponen el amor y se hacen duros y orgullosos (cf. /Mt/23/23). Se olvidan fácilmente de que también ellos necesitan de la misericordia divina. Cuando se impone el legalismo -cumplimiento de la ley al pie de la letra- junto con la complacencia del hombre en sí mismo, surge la caricatura del fariseo. (...)

Las fraternidades farisaicas estaban extendidas por todo el país; los doctores de la ley tenían sus escuelas, sobre todo en Jerusalén, donde reunían a los discípulos en torno suyo. Ahora han llegado algunos a Galilea y advierten que los discípulos de Jesús no observan los lavatorios prescritos antes de las comidas. No se trata simplemente del descuido de la limpieza, sino del desprecio de las prescripciones rituales relativas a la pureza. Marcos da a sus lectores unas ciertas aclaraciones al respecto: en general era necesario purificarse antes de comer al menos con un «puñado» de agua. Cuando se volvía de la plaza, donde había un mayor peligro de impurificación levítica -en razón del trato con los paganos-, había que meter los brazos hasta el codo en un gran recipiente (cf. Jua 2:6). Incluso se prescribían ciertos lavatorios de copas, jarros y otros cacharros. Jesús pasa por alto todas estas prescripciones minúsculas, estos estatutos humanos con una sentencia profética (v. 6-7).

Los profetas se habían pronunciado a menudo contra una piedad cúllica meramente externa y habían exigido una conciencia recta, el refrendo moral y la penitencia. No un servicio de labios afuera sino la entrega del corazón a Dios, no unos estatutos humanos sino el mandamiento de Dios: ésas son las exigencias que Jesús opone a los críticos. Estas palabras del libro de Isaías tuvieron seguramente gran importancia para la naciente Iglesia cristiana, que aspiraba a un culto espiritual y moralmente fecundo (Rom 12:1), y quería ofrecer a Dios «sacrificios espirituales» (1Pe 2:5), obras de amor que el Espíritu Santo hacía posibles.

Sin embargo, no hay que arrancar esas palabras de su contexto histórico. No se reprueba cualquier culto, sino sólo el servicio de labios sin el sentimiento correspondiente, la estrechez ritualista que olvida y posterga la voluntad de Dios ética o moral por encima de las prescripciones externas. En una época en que muchos teólogos quieren reducir el servicio de Dios a un servicio en el mundo y para el mundo, abogando por un cristianismo claramente «arreligioso» limitado a un encuentro «entre los hombres», en una época así conviene recordar que Jesús personalmente visitó el templo y tomó parte en las fiestas religiosas de su pueblo, y que la Iglesia primitiva desarrolló nuevas formas de culto según el legado de su Señor: el servicio adecuado a la palabra divina y a la celebración eucarística. También aquí vale aquello de que conviene hacer una cosa sin abandonar la otra (cf. Mat 23:23). Existe un culto divino directo en la alabanza, la acción de gracias y la súplica, un encuentro de la comunidad con Dios en la mesa de la palabra y en la celebración de la cena del Señor; y existe también un culto indirecto en el cumplimiento de las obligaciones terrenas que imponen la profesión y la familia, en la ayuda a los necesitados, en el amor y lealtad a los semejantes.

(...)

b) Lo puro y lo impuro (Mc/07/14-23).

14 Y llamando de nuevo junto a sí al pueblo, les decía: «Oídmelos todos y entended: 15 Nada hay externo al hombre que, al entrar en él, pueda contaminarlo; son las cosas que salen del interior del hombre las que lo contaminan.» [16 «El que tenga oídos para oír, que oiga.»] 17 Y cuando entró en casa, alejado ya de la gente, le preguntaban sus discípulos el sentido de la parábola. 18 Y les contesta: «¿Tan faltos de entendimiento estáis también vosotros? ¿No comprendéis que nada de lo externo que entra en el hombre puede contaminarlo, 19 porque no entran en el interior de su corazón -con lo cual declaraba puros todos los alimentos-, sino que pasa al vientre y luego va a parar a la cloaca?» 20 Y seguía diciendo: «Lo que sale del interior del hombre, eso es lo que contamina al hombre. 21 Porque de lo interior, del corazón de los hombres, proceden las malas intenciones, fornicaciones, robos, homicidios, 22 adulterios, codicias, maldades, engaño, lujuria, envidia, injuria, soberbia, insensatez. 23 Todos estos vicios proceden del interior y son los que contaminan al hombre.»

Después del enfrentamiento con los enemigos, Jesús convoca al pueblo para impartirle una doctrina importante; es también un aviso a la comunidad cristiana para que escuche atentamente las palabras de su Maestro. La ocasión, que fue el lavatorio ritual de las manos (v. 2), queda ya en un segundo plano, pues la palabra de Jesús a la multitud no trata ya de los lavatorios sino de los alimentos y de su uso. La doctrina de Jesús no mira sólo a algunas

prescripciones legales judías, sino al problema fundamental de qué es puro y qué impuro. Con una frase enigmática y al modo de las parábolas invita a sus oyentes a la reflexión.

La sentencia en su formulación general resulta difícil de entender; pero la gente, al igual que en la predicación en parábolas (c. 4) debe «oír y entender». La sentencia exhortando a escuchar atentamente (v. 16) es la misma que aparece al final de la parábola del sembrador (4,9), (pero sólo está parcialmente testificada y no parece original). No se dice lo que Jesús continuó exponiendo al pueblo ni cómo éste entendió su palabra. La explicación se reserva al estrecho círculo de los discípulos, a los que estaban con él (4,10), y a través de ellos se brinda a la comunidad cristiana y creyente. Tampoco a los discípulos se les alcanza el sentido de la frase enigmática; pero, como son hombres dispuestos a creer y leales, Jesús se lo descifra todo a solas -como ya hizo con las parábolas, 4, 34-, «en casa», como se dirá aún varias veces (9,28.33; 10,10). La comprensión de los discípulos pertenece al tiempo del ministerio terrenal de Jesús exactamente igual que su «secreto mesiánico» y es una constante exhortación a meditar sus palabras y sus hechos profundamente y con fe. Jesús explica a sus discípulos que bajo la frase enigmática late la imagen de los alimentos que llegan al hombre desde fuera y siguen su camino natural. Jesús habla sin reparos de las cosas naturales. El comer y la expulsión de los alimentos es una cosa natural y nada tiene que ver con la «pureza» en un sentido moral y religioso. Esto constituye una postura libre y audaz para los judíos que conservaban las ideas antiguas acerca de la «impureza» de determinados animales y alimentos así como sobre la contaminación que implicaban ciertos procesos naturales -en el terreno sexual- y ciertos contactos -con los leprosos y los cadáveres-, y que observaban en general muchos tabúes-cúlticos. Ese punto de vista de Jesús responde a su apertura al mundo y a su afirmación de las cosas creadas, punto de vista que adopta también la Iglesia primitiva. Esta elimina la distinción entre animales puros e impuros y las correspondientes prescripciones dietéticas (Hec 10:11-15.28), suprimiendo así el obstáculo que representaban para el mundo pagano. En la lucha contra el gnosticismo, que despreciaba la materia, el cuerpo y el matrimonio, las cartas pastorales afirman: «Todo lo que Dios ha creado es bueno, y nada que se tome con acción de gracia puede ser rechazado» (1Ti 4:4). Este es uno de los aspectos del veredicto de Jesús, a sus ojos no el más importante, pero que para la Iglesia primitiva y para nosotros no carece de gran interés.

Más importante es la segunda parte de la sentencia de Jesús relativa a la verdadera contaminación. Del interior del hombre, de su corazón, suben los pensamientos y deseos que inducen a las malas acciones y a los vicios. Con ello ha establecido Jesús el principio decisivo de la moral, anclando la moralidad en la decisión consciente del hombre, al mismo tiempo que inserta la vida religiosa en el terreno moral y le da una mayor interioridad. Para aquella época esto representaba un esclarecimiento necesario, para nosotros es algo que se ha hecho evidente. Mas ni siquiera hoy resulta superfluo referirse a la tendencia del corazón humano a producir pensamientos y deseos. Jesús conoce el corazón humano cuyas «tendencias son malas desde su juventud» (Gen 8:21), aunque Dios creó al hombre a su imagen (Gen 9:6).

Pese a la afirmación de lo creado y de su bondad natural, pese a la alta valoración del hombre y de su imagen y semejanza divina, la experiencia de este mundo muestra que el hombre tiene una tendencia oscura y misteriosa hacia el mal, que es la fuente de la inmoralidad, de los pecados y vicios. Puede extrañar que Jesús no hable aquí de los pensamientos y acciones del hombre buenos y puros. Ello se debe en parte al planteamiento de la cuestión: ¿Qué es lo que contamina al hombre? Pero es evidente un cierto pesimismo en el enjuiciamiento moral del hombre. Ello está en relación con las exigencias de conversión que proclama Jesús y que afectan a todos los oyentes sin distinción.

Pablo ha interpretado correctamente la doctrina de Jesús al decir que «todos pecaron y están privados de la gloria de Dios» (Rom 3:23). Así no nos extraña que siga ahora un largo catálogo de vicios. Esta especie de exhortación moral, que pretende despertar el temor y horror al vicio y al pecado, puede tal vez decirnos muy poco. Nuestro tiempo ha perdido algo que el paganismo antiguo, aun cuando moralmente no estuviese a gran altura, todavía poseía: un sentimiento natural hacia la belleza de la virtud y la fealdad del vicio. Los catálogos de vicios y de virtudes gozaban de gran popularidad en la predicación moral de los filósofos itinerantes paganos, y también se encuentran,

aunque de otra forma, en la literatura judía.¹ Se exponen más desde un punto de vista retórico que sistemático, y en su elaboración se descubre algo del espíritu de sus autores.

En el mismo pasaje Mateo da a este catálogo de vicios una forma distinta mencionando siete vicios y ordenándolos según el decálogo. Marcos enumera trece en los que apenas es posible señalar un orden ideológico. Pensando en sus lectores cristianos, procedentes del paganismo le interesa más el efecto retórico: los siete primeros aparecen en plural y los otros seis en singular, todos dispuestos en un ritmo sonoro; la pluralidad de malas acciones -«todos estos vicios»- debe mostrar de un modo sobrecogedor hasta dónde puede llegar el corazón humano. Hacia el comienzo del catálogo de vicios (después de las «malas intenciones» en general) figuran las malas acciones que hoy como siempre constituyen los pecados y crímenes más frecuentes: fornicaciones, robos, homicidios; se mencionan después los adulterios, codicias y maldades. Más adelante aparece la envidia («mal ojo» en el texto original), y así es como en el Antiguo Testamento se designan tanto los deseos sexuales como las miradas envidiosas y codiciosas. Hacia el final, la «injuria» empareja bien con la «soberbia» o el orgullo, el pecado del espíritu que encastilla al hombre en sí mismo al tiempo que le hace insensible a los derechos de sus semejantes y de Dios. Por ello, el último miembro «la insensatez» tiene probablemente un sentido más profundo que entre nosotros. En la Biblia el «insensato» es el hombre que no conoce a Dios, que le olvida y desprecia en su ceguera y satisfacción de sí mismo (cf. Sal 10:3s; Sal 14:1; Luc 12:20).

Marcos, que no nos ha transmitido el sermón de la montaña, nos ha conservado así un fragmento esencial de la doctrina moral de Jesús. Y nos muestra a Jesús con toda su seriedad moral, pero también con su conocimiento profundo del corazón humano. Este fragmento doctrinal es un guía inestimable para conocer el interior del hombre: su conciencia o, como dice Jesús, el corazón como fuente primera y factor decisivo de nuestra conducta buena o mala. Si el corazón del hombre está limpio y puro, brotan de él, como de un manantial transparente, también los pensamientos y las acciones buenos.

(SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

P. Leonardo Castellani

Elenchus contra Pharisaeos

(Mateo 23)

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas..."

No todos los fariseos tenían fariseísmo; algunos de la facción o secta o congregación religiosa de los fariseos eran incontaminados, y aun quizá santos. Algunos fueron discípulos de Cristo. Saulo no era hipócrita sino por el contrario fanático, antes de volverse Pablo.

La palabra fariseo tomó después de Cristo su significado peyorativo, lo mismo que la palabra "*sofista*" después de Platón. Los sofistas eran algo como los "conferenciantes" de hoy día, (...)

¹ En el Nuevo Testamento aparecen numerosos catálogos de vicios y virtudes. Si antes se pensaba sobre todo -y en especial por lo que a Pablo se refiere- en modelos de ética estoica, ahora los escritos de Qumrán nos han demostrado que también en el judaísmo existía una doctrina precisa sobre las virtudes y los vicios.

Los "separados", *Pherishajja*, que eso significaba fariseo, contaron con hombres como el sabio Hillel, el que formuló la máxima de "no hagas a otro lo que no quieras hecho a ti", a Gamaliel el viejo, maestro de San Pablo; a Simón amigo de Cristo, Nicodemus, José de Arimatea, y numerosos conversos cristianos con los cuales argüirá más tarde San Pablo: "*¿Fariseos son? Y yo más.*"

Los fariseos eran los "separados" de los saduceos; porque los saduceos defendían que en sólo la Thorah o Ley escrita se contenía la revelación, como los protestantes; mientras los fariseos añadían a los Libros la Tradición. Lo que de esa tradición oral (en sí mismo justificada) hicieron ellos, lo sabemos por las palabras de Cristo.

La historia de los fariseos ha sido netamente narrada muchas veces desde Flavio Josefo. Descendientes de los "asideos" o "celosos", legatarios del tema nacional- religioso de Matatías Macabeo, constituyéronse más tarde en los "zelotes" o nacionalistas y los "sicarios", algo como el Sinn-Féin irlandés. Los fariseos tomaron consistencia tal que se pueden comparar a una congregación religiosa moderna, y una influencia tal que se consideraban (no sin lógica) por encima de los sacerdotes y los reyes: su fuerza estaba en el saber, en el conocimiento de la Ley; que en un pueblo teocrático tenía valor máximo. De ahí que Cristo los conglomera con los "escribas" que eran los doctos, aunque de suyo un fariseo podía no ser "doctor" sino solamente hombre riguroso y observante, lo que llaman hoy beato o jesuitoide.

Por eso Cristo no los incriminó a todos, en su terrible sermón que está en el XXIII de Mateo, sino que añadió el adjetivo "hipócrita", que se ha de entender como determinante más bien que calificativo. Sin embargo, el conjunto de la facción en tiempo de Cristo era condenable; y su espíritu puritano, gazmoño y falso estaba ya formulado, escrito y hecho constituciones y reglas de las que Cristo citó dos: "El que ofrece un don al altar por su padre, no está obligado a su manutención..." En el Talmud, la Tradición casuística y jurídica codificada, se encuentran sentencias parecidas. Por ejemplo:

"Más validez (práctica) tienen las palabras de los escribas que las palabras de la Thorah."

"Las palabras de la Ley tienen preceptos graves y leves; pero las palabras de un escriba son siempre graves."

"El estudio de la Thorah es más importante que la construcción del Templo."

"El estudio de la Thorah es mayor que venerar padre y madre." (...)

"La masa que ignora la Thorah es maldita."

(...)

No hay ninguna sociedad tan mala que no tenga algún bueno ni tan buena que no tenga algún malo; y lo mismo se puede decir de las doctrinas... Sin embargo el juicio moral no es imposible, aunque sea difícil en algunos casos, porque el juicio se basa en el "*grupo que da la tónica*". O como dicen en la escuela, la parte "formal" que puede a veces ser una minoría.

(...)

Pero en tiempo de Cristo la "*minoría que da la tónica*" era, entre los fariseos, realmente farisaica. De ahí que Cristo al final de su vida pública se desata contra toda la secta directamente, después de haber luchado incansablemente contra su deformación religiosa y su nacionalismo fanático con las explicaciones, las rectificaciones, la discusión, y sobre todo el ejemplo. Al final tuvo que echar mano del terrible vocabulario de su Precursor y de todos los profetas y de la amenaza profética. Sabía lo que hacía y a qué se exponía, ya había predicho su muerte a los discípulos.

Entonces habló Jesús a la masa: (*leer aquí el capítulo 23 de San Mateo*)

(...)

Sólo Cristo, el último y mayor de los profetas, podía pronunciar esta imprecación y esta amenaza. El destino inmediato de Jerusalén estaba patente a sus ojos. También el suyo propio. Añade Cristo la profecía final: ¡Jerusalén, Jerusalén!, Que matas a los profetas, lapidas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise congregar tus hijos Como la gallina congrega sus pollos Bajo sus alas —y rehusaste! He aquí que Vuestra Casa quedará desierta.

Este retrato moral del fariseo es tremendo. Es eterno y no puede ser mejorado. (...)

Jesucristo sentía el veneno de esta gente, a cuyo parangón los saduceos sensuales y descreídos son casi perdonados en su predicación, desdeñados. No olvidemos que a ellos alude de "pecado contra el Espíritu Santo que no tiene perdón ni aquí ni allá arriba", las palabras más temibles que han salido de boca humana. Por lo demás, paladinamente les dijo que eran hijos del diablo y que el diablo era su padre el padre de la mentira, el que es homicida desde el principio.

Cómo de hombres observantes, celosos y dedicados al estudio de la Ley pudo salir este horror, es cosa difícil de precisar pero no imposible de concebir. Primero apareció la "casuística". Todo código completo postula una casuística, que es el ejercicio de aplicar los preceptos generales a los casos particulares. Nada malo hay en eso, al contrario. Pero la casuística degenera fácilmente por exceso y por perversión: se hace demasiado frondosa, se corta de la ley y de su espíritu, se vacía por dentro, y entonces fácilmente entra dentro el demonio, que es "el espíritu de las cosas vacantes", y le gusta, como a las chinches, los baúles vacíos. En las "cisternas agrietadas que dejan salir el agua", como llamó Jeremías a los fariseos de su tiempo, se refugian toda clase de bichos. La casuística farisea, el Talmud, el comentario de la ley, la tradición de los doctores no dejaba de contener alguna fruta entre la hojarasca, como que está hecho coleccionando los "dichos" de los profetas y doctores; pero la hojarasca había crecido en inmenso y se había podrido: "mandatos de hombres" - "que legislan acerca del alpiste y la ruda", como les achacó Jesús; y sobre "los nidos", y "los vasos" y los "pedúnculos de las frutas" e interminablemente sobre el descanso del sábado, el pago de los diezmos y la pureza ritual: si podía celebrar el sacerdote al cual había tocado al pasar la sombra de una mujer, si podía exigirse el diezmo al hijo del hijo del hijo de un deudor, si era lícito comer una fruta caída de por sí del árbol un Sábado. Siendo así que los más capaces de estas "observancias" prolijas y sutiles son los caracteres pueriles o neuróticos, si se llega a la desgracia de reponer *la santidad* en la "observancia regular", como no deja de suceder, ayúdeme a pensar lo que pasa en una comunidad religiosa. Cualquier cosa puede pasar.

(...)

En esta vaciedad de la casuística farisea entró primero el engreimiento religioso, después el ideal del mesianismo político, y después la soberbia, madre de la mentira y la crueldad².

Los únicos que podían cumplir toda la Ley eran los que la sabían; y para saberla había que estudiarla toda la vida; pero eso era lo mejor que existía en el mundo. "La Thorah es mayor que el sacerdocio y la realeza, porque el sacerdocio exige 24 requisitos y la realeza 30; pero la Thorah se gana con 48." Los sacerdotes abrumados por un ritual que se hacía de más en más complejo habían abandonado el estudio de la Ley a los laicos y se habían convertido, en general, en profesionales de la liturgia, es decir, vendedores afanosos de ceremonias mágicas. Estas daban la prosperidad en esta vida, pero la Thorah daba la ciencia, la sabiduría, la santidad y la salvación eterna. Con razón rezaba el fariseo: "*Gracias te doy, Señor, porque no soy como los otros hombres... ni como ese publicano...*" Porque "el pagano que se acerque al estudio de la Thorah merece la muerte..." (Sanhedrín, 59 a. Citado por Ricciotti).

² «La crueldad en el corazón del sacerdote es la abominación de la desolación en donde no debe estar. Dicen los intérpretes que esa frase de Cristo se refiere a los 'ídolos'. Pues bien, cuando un sacerdote es cruel o simplemente duro de corazón es que el Dios viviente se ha hecho un ídolo en él, ha dejado su lugar a un ídolo.» (Castellani, Diario, 12-1-48).

El engrimiento religioso trajo el mesianismo político, podemos colegir. Los fariseos necesitaban ser vengados de sus quemantes humillaciones, de sus revolcones y derrotas. La religión era humillada en ellos y el Mesías debía vindicar la religión. Y si el Mesías había de ser político, naturalmente había que preparar su venida haciendo política. Cien años antes de Cristo los fariseos sostuvieron contra el rey Alejandro Janneo una guerra de seis años que costó 50.000 víctimas; durante el reinado siguiente, de la reina Salomé, fueron los verdaderos gobernantes pues la Reina se sometió a su arbitrio, cuenta Josefo. Los saduceos fueron dominados sin piedad. Se refugiaron en las grandes familias sacerdotales y en la adulación de los poderosos. Los fariseos tenían de su parte el pueblo, sobre todo las mujeres devotas, que formaban una tribu numerosa, entremetida y temible.

Cuando la política entra dentro de la religión se produce una corrupción extraña. En estas condiciones el poder se vuelve temible, porque puede obligar en conciencia. Con una abjuración religiosa obligó Caifás a Cristo a proferir la "blasfemia" que le costó la vida, a saber: que él era "el Hijo del Hombre" de Daniel. La corrupción llega al máximo cuando lo religioso se ha reducido a mero instrumento y pretexto de lo político. "Amáis los primeros puestos en la Sinagoga... buscáis el vano honor que dan los hombres" —les imprecaba Cristo. La crueldad, cuya condición y primer grado es la dureza de corazón, es infalible en consecuencia de la soberbia religiosa. Ya es bastante cruel "devorar las casas de las viudas y los huérfanos con pretexto de largas oraciones"; pero la crueldad de los fariseos que hizo su ostentación en la pasión de Cristo, se ejercitaba habitualmente en desterrar y matar a sus enemigos, casi siempre por medio de intrigas solapadas. No querían aventurar el título de "*Sapientísimo y Santísimo Doctor*" que exigían se les diera. Cristo les canceló de un golpe este título cuando dijo: "Bueno hay uno solo, que es Dios. No llaméis a nadie santo porque santo hay uno solo, que es el Padre. No llaméis a nadie maestro, porque un solo maestro tenéis vosotros, que es el Cristo."

La política farisea se manifiesta enseguida. Al principio del segundo año de predicación, en el primer viaje a Jerusalén (cuentan acordes Mateo, Marcos y Lucas) "entraron en tratos los fariseos con los herodianos y empezaron a conferir como harían *para perderlo*." El eliminarlo estaba ya decidido, la cuestión era el cómo. ¿No eran enemigos los fariseos y los herodianos? Sí lo eran, pero eran enemigos "políticos", éstos que se ponen de acuerdo cuando surge un adversario no político, éstos que perturban el funcionamiento de los partidos, o "el libre juego de las instituciones democráticas"; como se dice ahora. El acuerdo tuvo éxito: eliminarlo de algún modo que no los dejara mal y no conmoviera al pueblo; y los encargados de hallarlo fueron los más religiosos, naturalmente: los fariseos.

Y ahí andaban ellos, haciendo fiesta y grandes discursos, prodigándose adulaciones y zalamerías unos a otros, excitando a todos a la defensa de la religión contra la impiedad saducea, es decir, a la defensa de ellos: retrancados, duros, implacables, cerrados de mollera, hostiles a la vida y a la belleza; metidos en todo, orgullosos, rencorosos, ilusos, astutos, tortuosos, solemnes, aparateros, floripóndicos, atrevidos, presuntuosos, caraduras, olvidados de Dios y temidos de los hombres como el Evangelio nos los muestra; llevando a un pueblo entero a la catástrofe, pueblo que había de caer con ellos por esa misteriosa solidaridad social, que hace que un pueblo tenga malos jefes solamente cuando puede tenerlos. Las gentes de los campos de Galilea y los pescadores y pequeños artesanos andaban como "ovejas que no tienen pastor"; pero las gentes de las ciudades y los que daban la "tónica social" en todas partes tenían malos pastores, lobos con piel de oveja, que los emborrachaban con palabrería sublime centrada en torno de un ideal halagüeño radicalmente falso. No se pudre el agua si no es estancada; los gusanos sólo prosperan en la carne muerta:

(...)

(CASTELLANI, L., *Cristo y los fariseos*, Ediciones Jauja, Mendoza (Argentina), 1999, p. 71 – 83)

4. SANTOS PADRES

La ceguera de los fariseos es la que crucifica a Cristo

“Tú debes amar este monte y prepararte para vivir eternamente en este mismo monte (Cf. Is 57, 13). Y ya que tenemos tales promesas, purifícate de todo lo que mancha la carne o el espíritu (Cf. 2 Co 7, 1). ¿Qué promesas? Si quieres poseer la tierra y vivir en el monte santo, purifícate de todo lo que mancha la carne o el espíritu.

¿Cuáles son las manchas de la carne? Ustedes, entiéndanlo bien, ya que también tenemos que hablar de esto. ¿Cuáles son las manchas de la carne? No son las que se producen cuando un hombre que está caminando toca por casualidad algo con el pie o incluso con la cara, como, por, ejemplo, cuando resbala y cae en el barro o en el fango y se ensucia hasta el rostro. Esta es una mancha fácil de quitar, como 'se suele decirse: 'No es nada, se lava y se va'. La mancha de la carne que se debe evitar no procede sino de una mancha del espíritu que ensucia la carne. ¿Cuál es la mancha del espíritu? La pasión desordenada. ¿Y la mancha de la carne? Cuando se llega a cometer adulterio. Ahí tienes dos cosas: se ha despertado una mala pasión, y el espíritu ya está manchado; pero si no llegas al adulterio, la carne no se ha manchado todavía. Pero, ¿de qué sirve que la carne esté limpia si está sucio lo que la habita? A uno que tal vez está limpio en la carne, Dios puede considerarlo adúltero en su corazón, como dijo el Señor: *Les aseguro, el que mira a una mujer, deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón* (Mt 5, 28). Esta es la mancha del espíritu.

¿Cuándo, en cambio, está uno perfectamente purificado? Cuando lo está en la carne y en el espíritu. Existen hombres que se moderan en sus acciones, pero que no se moderan en sus malos pensamientos. Están purificados en la carne, pero no en el espíritu. No realizan malas acciones, pero solo por temor de la gente. Arden en la pasión, pero el temor les impide obrar. ¿Qué es lo que temes? Ser descubierto y condenado; ser descubierto y perder el prestigio. En la carne, por lo tanto, se presenta limpio, pero él no está completamente purificado.

¿Qué es lo que dice el apóstol? *Purifiquémonos de todo lo que mancha la carne o el espíritu* (2 Co 7, 1). Así como refrenas las malas acciones, debes aplacar los malos deseos y los malos pensamientos. Refrena las malas acciones, y así estarás limpio de la mancha de la carne. Domina los malos deseos, y así estarás limpio de la mancha del espíritu." (S 85,8).

"Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen (Mt 5, 44 y Lc 7, 27). Ya escuchaste la tarea, espera la recompensa, y presta atención a lo que se agrega: *Así serán hijos del Padre que está en los cielos, porque él hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace caer la lluvia sobre justos e injustos* (Mt 5, 45). Esto lo vemos y no lo podemos negar. ¿Acaso se dijo a las nubes: 'Lluevan sobre los campos de mis devotos y aléjense de los campos de los que blasfeman contra mí'? ¿Acaso se dijo al sol: 'Déjate ver por los que me honran y no te dejes ver por los que me maldicen'? Existen beneficios celestiales y beneficios terrenales: brotan las fuentes, los campos son fértiles y los árboles están cargados de frutos. Estas cosas las tienen los buenos y también las tienen los malos; las tienen los agradecidos y las tienen los ingratos. ¿Y nosotros vamos a creer que el que distribuye tantos bienes a buenos y malos, no reservará nada para los buenos? El concede a los buenos y a los malos lo mismo que dio a los que apedrearon a Esteban; pero para los buenos reserva lo mismo que le dio a Esteban.

Por lo tanto, hermanos, ante todo, a ejemplo de este mártir, aprendamos a amar a nuestros enemigos. El ejemplo que se nos ha propuesto es el de Dios Padre, que *hace salir su sol sobre buenos y malos*. Además, esto lo dijo el Hijo de Dios, después que asumió su carne, con su boca carnal, que tomó por amor de los que eran enemigos suyos. El que vino al mundo por amor de los que eran enemigos suyos, se encontró con que todos eran enemigos suyos, y no encontró ni un solo amigo. Por los enemigos derramó su sangre; pero con su sangre convirtió a los enemigos. Con su sangre borró los pecados de sus enemigos, y borrando esos pecados, a los enemigos los convirtió en amigos. También Esteban era uno de estos amigos; más aún, lo es y lo será. Sin embargo, el mismo Señor fue el primero en mostrar sobre la cruz lo que enseñó. En efecto, mientras los judíos, le gritaban por todos lados, se encolerizaban, se burlaban, lo injuriaban, y lo crucificaban, él dijo: *'Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34); en realidad es su ceguera la que me crucifica'. Su ceguera lo crucificaba; y el Crucificado, con su sangre, hacia un colirio para ellos" (S 317, 1-2)

(SAN AGUSTÍN, *Comentario a los evangelios dominicales y festivos*, Ciclo B, Religión y Cultura Buenos Aires, 2008, p. 131-33)

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

Los fariseos (Mc 7,17-27)

Introducción

El evangelio de hoy nos presenta un grupo de hombres llamados ‘fariseos’. Los fariseos son unos de los protagonistas principales de los cuatro evangelios, en los cuales aparecen muchísimas veces. Siempre son opositores de Jesús.

La palabra ‘fariseo’ significa ‘separado’. Los fariseos o ‘separados’ surgieron unos dos siglos antes de Cristo, durante la invasión griega de Palestina. Antíoco Epífanes, rey griego, quiso abolir la Ley de Moisés y obligar a los judíos a helenizarse, es decir, a asumir las costumbres paganas griegas. Ante este intento de anular la Ley de Dios, se levantaron militarmente los Macabeos. El movimiento espiritual de resistencia al paganismo y de fidelidad a la Ley de Moisés fue asumido por estos ‘fariseos’ o ‘separados’, es decir, separados de toda contaminación pagana de la Ley de Moisés. Su inicio, por lo tanto, fue muy bueno.

Pero con el correr de los años, su espíritu fue degenerando en una esclerotización³ o endurecimiento de su ideal inicial. La cábala mala, es decir, la falsa tradición judía que carnalizaba la Ley de Moisés, se apropió del verdadero espíritu de esa Ley sagrada y lo corrompió. La principal carnalización de la Ley que hicieron los fariseos después de haberse corrompido fue la distorsión de la figura del Mesías. La figura del verdadero Mesías, que debía tener una misión espiritual, sobrenatural y escatológica a través de su propio sufrimiento, fue cambiada por la figura de un falso Mesías que debía llevar a Israel a un éxito político y económico sobre los demás pueblos, siempre reducido al horizonte de esta vida temporal. Jesús, al presentarse como el Mesías sufriente, tal como lo presenta el profeta Isaías en los cánticos del Siervo Doliente de Yahveh⁴, es rechazado de plano por los fariseos. Desde el primer momento de la vida pública de Jesús ya buscan matarlo (cf. Mc 3,6).

“La secta judía de los fariseos (que en hebreo significa ‘los separados’) comprendía en tiempos de Jesús alrededor de seis mil miembros (...). Contaba entre sus miembros a la totalidad de los escribas y de los doctores de la ley, como también a cierto número de sacerdotes”⁵.

Además de sus errores doctrinales y errores en materia de interpretación de las Sagradas Escrituras, los fariseos habían creado una espiritualidad propia, un modo propio de vivir la religión israelita. La misma corrupción presente en la interpretación de la Ley de Moisés, se verificó en la religiosidad y la piedad.

Jesucristo va a desenmascarar tanto sus errores doctrinales como su falsa piedad, su falsa espiritualidad y su falsa religiosidad. Numerosas veces en el evangelio Jesucristo habla sobre la religiosidad de los fariseos y hace juicio sobre ella. Son muchas las afirmaciones de Jesús para caracterizar el talante de estos hombres. Sin embargo, la caracterización más profunda y más certera, y la que resume todas las otras, es la que expresa la palabra ‘hipocresía’.

³ **Esclerotización:** Acción y efecto de esclerotizar. **Esclerotizar.** Endurecer un tejido u órgano por la formación de escleroproteínas. **2.** Detener algo en su proceso de progresión (DRAE)

⁴ Cf. Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-9; 52,13 – 53,12; Lc 22,19-20.37; Mc 10,45; Mt 12,17-21; Jn 1,29.

⁵ **LÈON – DUFOUR, X.,** *Vocabulario de Teología Bíblica, voz Fariseos*, Herder, Barcelona, 2001.

Dice Jesús a sus discípulos: “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía” (Lc 12,1). Y hoy, precisamente, esa es la dura acusación que Jesús lanza a los fariseos: “¡Hipócritas!” (Mc 7,6).

1. ‘¡Hipócritas!’

Jesucristo usa esta expresión hoy; pero, además, la usa ya dentro de la Semana Santa, cuando enrostre a los fariseos de una manera casi brutal la totalidad de sus pecados. Esta durísima diatriba que Jesús hace a los fariseos cubre todo el capítulo 23 de San Mateo. En esa invectiva, siete veces les lanza la reprensión y les dice en su propia cara: “¡Hipócritas!”.

El adjetivo ‘hipócrita’ que usa hoy Jesús, en el original griego es *hypocrités*. *Hypocrités* está compuesto de la preposición *hypó*, que significa ‘debajo de’, y del verbo *kríno*, que significa ‘juzgar’. Por lo tanto, *hypocrités* es ‘el que hace un juicio por debajo de’ o, dicho de otra manera, ‘el que hace un juicio oculto’, o ‘el que conserva oculto el juicio que hace en su corazón’. En definitiva, es hacer un juicio interior determinado y demostrar otra cosa exteriormente. A su vez, el sustantivo castellano ‘hipocresía’ proviene de la palabra griega *hypókrisis* (*krísis* significa ‘juicio’), que significa ‘fingimiento’, ‘simulación’.

La palabra *hypocrités* en el griego clásico designaba al actor de teatro⁶. “Era costumbre entre los actores griegos y romanos hablar con grandes máscaras con dispositivos mecánicos para aumentar la potencia de la voz; de ahí este término vino a usarse para denotar a un engañador, un hipócrita”⁷.

Usando textos de los Santos Padres, Santo Tomás define la hipocresía de la siguiente manera: “Como San Isidoro dice, ‘el hombre hipócrita se tomó del ejemplo de los que se presentan en los espectáculos con la cara cubierta, pintándose el rostro con diversos colores, para imitar el de la persona que simulan, ya en traje de hombre, ya de mujer, con el fin de engañar al pueblo con sus juegos’. Y así el mismo San Isidoro dice: ‘La palabra griega *hipócrita* se interpreta en latín como simulador, el cual, siendo malo interiormente, se manifiesta públicamente como bueno’. (...) Dice San Agustín que, ‘así como los hipócritas fingidores de otras personas representan el papel de lo que no son (pues el que representa a Agamenón no es realmente este mismo, sino que lo simula), así en la Iglesia y en toda la vida humana el que quiere parecer lo que no es, es hipócrita, pues se finge justo y no lo demuestra’. Así puede decirse que la hipocresía es simulación; pero no una simulación cualquiera, sino sólo aquella por la cual uno simula la persona de otro, como cuando el pecador simula persona de justo”⁸.

La hipocresía es un pecado gravísimo que merece la condenación eterna. Así lo dice Jesús respecto al siervo dirigente que golpeaba a sus consiervos: “Su amo vendrá el día que él menos lo espere, le castigará severamente y le asignará su suerte con los hipócritas. Allí será el llanto y el crujir de dientes” (Mt 24,50-51).

En el evangelio de hoy los fariseos acusan a los discípulos de Cristo de falta de religiosidad, de falta de honra a Dios porque no se lavan las manos antes de comer, tal como lo prescribían las tradiciones humanas creadas por los fariseos. Santo Tomás identifica en esta actitud de los fariseos varios actos de hipocresía.

La primera hipocresía está en el hecho de reemplazar la Ley de Moisés por tradiciones meramente humanas, creadas por ellos. Dice Santo Tomás: “Al agregar tradiciones, lo hacían contra la Ley. No que no les fuera lícito establecer algunas leyes positivas para cumplir mejor la Ley, sino que pretendían que sus tradiciones fueran obedecidas como si fuera la Ley de Dios; preceptuaban sus disposiciones para ser observadas como Ley del Señor”⁹.

⁶ STRONG, VINE, *Multiléxico del NT*, n° 5273.

⁷ VINE, *Multiléxico del NT*, n° 5273.

⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 111, a. 2 c.

⁹ “Unde addentes traditiones, contra legem faciebant; non quod non liceret constituere aliquid, sed quod ita praecipiebant observari sicut legem domini” (SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Super Evangelium S. Matthai lectura*, caput 15, lectio 1; traducción nuestra).

Esta es la hipocresía principal que es presentada en el evangelio de Marcos que hemos leído hoy. Esto se confirma por la lectura del AT elegida por la Iglesia para este domingo. En ella Moisés le dice al pueblo israelita “No añadan ni quiten nada de lo que yo les ordeno. Observen los mandamientos del Señor, su Dios, tal como yo se los prescribo” (Deut 4,2).

La segunda hipocresía está en interpretar según la carne la Ley de Dios, en carnalizar la Sagrada Escritura, en interpretar carnalmente la Palabra de Dios. Dice Santo Tomás: “Al imponer como norma o tradición que había que lavarse las manos antes de comer estaban entendiendo carnalmente lo que dice el profeta Isaías: ‘¡Lavaos! ¡Sed limpios!’ (Is 1,16). De manera que ellos entendían esas palabras según la letra, literalmente, lavándose el exterior, y no el interior”¹⁰.

En el texto paralelo de Mateo (Mt 15,1-9), Jesús, para demostrar que sustituyen la Ley de Dios por sus tradiciones humanas, hace mención de la codicia de los fariseos. Ellos, dice Jesús, no le permiten a un hijo ayudar económicamente a sus padres pobres si este hijo ha prometido antes entregar su capital al tesoro del templo. Y esta es la tercera hipocresía: parecen honrar a Dios, pero buscan su propio interés económico. Dice Santo Tomás: “Hipócrita es aquel que muestra exteriormente desear una cosa, cuando, en realidad, interiormente desea otra. Y por eso, hipócritas eran estos fariseos, porque interiormente buscaban el lucro, pero exteriormente movían a los hombres a ofrecer a Dios sus bienes. (...) Cuando ellos decían que el hombre debe ofrecer a Dios sus bienes, parecía que honraban a Dios. Sin embargo, el corazón de ellos, como dice Isaías, estaba lejos de Dios, porque no buscaban la honra de Dios, sino su propia codicia; y, mientras mayor es la codicia, menor es la caridad”¹¹. Y Santo Tomás llama a esto ‘duplicidad’ (*duplicitas*).

2. El fariseísmo

De aquella hipocresía concreta de aquellos fariseos concretos e históricos que convivieron con Jesús, nace un espíritu que puede impregnar y permear toda vida religiosa, aún la de aquellos que recibieron la revelación cristiana. Por eso dice X. Lèon-Dufour: “En este sentido, el fariseísmo no es una secta, sino un espíritu, opuesto al evangelio (...) Así entendido, el término ‘fariseísmo’ es un uso habitual en la tradición cristiana”¹².

Nadie como el P. Leonardo Castellani ha estudiado y definido (y sufrido en carne propia) lo que es el fariseísmo en cuanto espíritu opuesto a Cristo y su evangelio.

“El fariseísmo es un vicio espiritual, es decir, diabólico, pues las corrupciones del espíritu son peores que las corrupciones de la carne. El fariseísmo es un compendio de todos los vicios espirituales, avaricia, ambición, vanagloria, orgullo, obcecación, dureza de corazón, crueldad, que ha llegado a vaciar por dentro diabólicamente las tres virtudes teologales, constituyendo así el ‘pecado contra el Espíritu Santo’ (cf. Mc 3,29). ‘Vosotros sois hijos del diablo y el diablo es vuestro padre’ (Jn 8,44). Las desviaciones de la carne son corrupciones; pero las desviaciones del espíritu son perversión”¹³.

“El fariseísmo es el mal más grande que existe sobre la tierra. No habría Comunismo en el mundo si no hubiese fariseísmo en la religión”¹⁴.

¹⁰ “Unde carnaliter intelligebant quod dicitur Is. I, 16: *lavamini, mundi estote*. Unde ipsi ad litteram intelligebant, lavantes quod erat exterius, et non quod interius” (SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra).

¹¹ SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Ibidem*; traducción nuestra.

¹² LÈON-DUFOUR, X., *Ibidem*.

¹³ CASTELLANI, L., *Cristo y los fariseos*, Ediciones Jauja, Mendoza (Argentina), 1999, p. 14 – 15.

¹⁴ CASTELLANI, L., *Idem*, p. 17.

“Es la soberbia religiosa: es la corrupción más sutil y peligrosa de la verdad más grande: la verdad de que los valores religiosos son los primeros”¹⁵.

“El fariseo verdadero no lleva antifaz; es todo él un antifaz. Su natura se ha vuelto máscara; miente con toda naturalidad pues ha comenzado por mentirse a sí mismo. Lo que él simula, que es la santidad, y lo que él es, el egoísmo, se han amalgamado; se han fundido y se han hecho un espantoso veneno que de suyo no tiene antídoto alguno. Glicerina más ácido nítrico igual dinamita”¹⁶.

“Pero la flor del fariseísmo es la crueldad: la crueldad solapada, cautelosa, lenta, prudente y subterránea; ‘el dar la muerte creyendo hacer obsequio a Dios’ (cf. Jn 16,2). El fariseísmo es esencialmente homicida y deicida. Da muerte a un hombre por lo que hay en él de Dios.

“Instintivamente, con más certidumbre y rapidez que el lebrele huele la liebre, el fariseo huele y odia la religiosidad verdadera. Es el contrario de ella, y los contrarios se conocen. Siente cierto que si él no la mata, ella lo matará.

“Desde ese momento, el que lleva en sí la religiosidad interna sabe que todo cuanto haga será malo, todos sus actos serán criminosos. La Escritura en sus labios será blasfemia, la verdad será sacrilegio, los milagros serán obras de magia ¡y guay de él si en un momento de justa indignación recurre virilmente a la violencia, aunque no haga más daño que unos zurriagazos y derribo de mesas! Su muerte está decretada.

“Todo este drama se desenvuelve en el silencio, en la oscuridad, por medio de tapujos y complicadas combinaciones. La muerte ilegal, cruel e inicua de un hombre se resuelve en reuniones donde se invoca a la Ley con los textos en la mano, en graves cónclaves religiosos, diálogos, frases donde casi no habla más que la Sagrada Escritura y se usan las palabras más sacras que existen sobre la tierra. (...) .

“Y todos los medios son buenos con tal que sean sigilosos: la calumnia, el soborno, el dolo, la tergiversación, el falso testimonio, la amenaza. Caifás mató a Cristo con un resumen de la profecía de Isaías y con el dogma de la Redención. ‘¿Acaso no es conveniente que por la salud de todo un pueblo muera un hombre?’ (Jn 11,50)”¹⁷.

“De modo que, en suma, el fariseísmo abarca desde la simple *exterioridad* (añadir a los 613 preceptos de la Ley de Moisés como 6.000 preceptos más y olvidarse de lo interior, de la misericordia y la justicia) hasta la *crueldad* (es necesario que Éste muera, porque está haciendo muchos prodigios y la gente lo sigue (cf. Jn 11,50); y que muera del modo más ignominioso y atroz, condenado por la justicia romana), pasando por todos los escalones del fanatismo y la hipocresía. Éste es el pecado contra el Espíritu Santo, el cual de suyo no tiene remedio. Aquel que no vea la extrema maldad del fariseísmo —que realmente es fácil de ver—, que considere solamente esto: *la religión suprimiendo la misericordia y la justicia*. ¿Puede darse algo más monstruoso?”¹⁸.

“Toda la biografía de Jesús de Nazareth como hombre se puede resumir en esta fórmula: ‘*Fue el Mesías y luchó contra los Fariseos*’ —o quizá más brevemente todavía: ‘*Luchó contra los Fariseos*’. Ése fue el trabajo que personalmente se asignó Cristo: su campaña”¹⁹.

“Así pues, el hilo conductor que une todos los actos de Cristo, define su carácter y descubre su corazón es su tremendo enfrentarse con los pervertidores de la religión”²⁰.

3. *El fariseísmo y nosotros*

¹⁵ CASTELLANI, L., *Idem*, p. 12.

¹⁶ CASTELLANI, L., *Idem*, p. 13.

¹⁷ CASTELLANI, L., *Idem*, p. 15 – 17.

¹⁸ CASTELLANI, L., *El Evangelio de Jesucristo*, Ediciones Dictio, Buenos Aires, 1977, p. 298.

¹⁹ CASTELLANI, L., *Cristo y los fariseos...*, p. 11.

²⁰ CASTELLANI, L., *Cristo y los fariseos...*, p. 14.

Cada uno de nosotros debe sentirse sujeto a caer en el fariseísmo. Si no sucede así es porque, de alguna manera, ya estamos cayendo en fariseísmo. De hecho, Jesús llama hipócritas no solamente a los fariseos, sino también al pueblo que lo seguía, entre los cuales había personas que creían en Él (Lc 12,56).

Y San Pablo narra cómo el Vicario de Cristo, Cabeza visible de la Iglesia Católica, Pedro, cayó en la hipocresía (Gál 2,11-14). Estando en Antioquía, Pedro al principio se juntaba con los cristianos que provenían del paganismo. Después llegaron cristianos de Judea que habían sido observantes de la Ley de Moisés y consideraban que debía seguir observándose. Entonces Pedro, aparentando fidelidad a la Ley de Dios, dejó de juntarse con los cristianos que provenían del paganismo. Pero, en realidad, lo hacía por miedo a los cristianos judaizantes. Y a eso San Pablo lo llama, sin tapujos, ‘hipocresía’ (*hypókrisis*; Gál 2,13)²¹.

Pero Pedro se arrepentirá y buscará la sencillez y rectitud propia de un niño. El mismo Pedro nos presenta el ideal de la infancia espiritual que no sabe fingir: “Rechazad, por tanto, toda malicia y todo engaño, hipocresías (*hypókrisis*), envidias y toda clase de maledicciones. Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación” (1Pe 2,1-2).

El fariseísmo, en nuestra alma, no se convierte de la noche a la mañana en una planta extremadamente venenosa. Comienza despuntando como una plantita tierna y aparentemente inofensiva. Sin embargo, hay que velar y vigilar sobre nosotros mismos para, apenas identificado un brote pequeño de cualquier tipo de hipocresía, arrancarlo. No sea que nos suceda como a aquel granjero de la fábula del P. Castellani, que por no arrancar a tiempo un pequeño retoño de cicuta, luego la yerba mala le invadió todo el terreno, arruinándolo completamente y sin remedio²².

Sobre todo a los que se preparan para recibir el sacerdocio hay que educarlos y corregir cualquier tipo de hipocresía o duplicidad, por pequeña que sea. Y esto es así porque el sacerdote es el que está más expuesto a la tentación de fariseísmo.

El mismo P. Castellani nos advierte acerca de cómo empieza el fariseísmo y cuáles son sus grados. “El fariseísmo, tal como está escrito en los Evangelios, tiene como siete grados: 1) La religión se vuelve exterior y ostentatoria; 2) la religión se vuelve rutina y oficio; 3) la religión se vuelve negocio o “granjería”; 4) la religión se vuelve poder o influencia, medio de dominar al prójimo; 5) aversión a los que son auténticamente religiosos; 6) persecución a los que son religiosos de veras; 7) sacrilegio y homicidio”²³.

Conclusión

“El sacerdote debe odiar el fariseísmo en todos sus grados; es el primer deber de su ministerio: celar la pureza de la virtud de la religión, la primera entre las virtudes morales; y debe discernirlo en todos sus repliegues con los ojos penetrantes del saber y del odio. Así lo odió Cristo. Le costó la vida. Jesucristo parece haber tomado el

²¹ Para expresar la actitud de Pedro, San Pablo usa dos términos distintos, que refuerzan la acusación de hipocresía. En primer lugar, San Pablo dice: “Los demás judíos fueron hipócritas junto con Pedro” (Gál 2,13). Usa aquí el verbo *synhypokrinomai*. La preposición *syn* significa ‘con’, o ‘junto con’; el verbo *hypokrinomai* significa ‘ser hipócrita’ (cf. STRONG, VINE y SWANSON, en *Multiléxico del NT*, nº 5271). Por lo tanto, este verbo significa ‘ser hipócrita junto con’ (cf. STRONG, TUGGY, VINE y SWANSON, en *Multiléxico del NT*, nº 4942). Este verbo *synhypokrinomai*, usado aquí en Gál 2,13, es un ‘hapax legómenon’, es decir, es el único lugar en el que se lo usa en todo el NT. También el verbo *hypokrinomai* se usa una sola vez en todo el NT, en Lc 20,20 (los fariseos ‘fingen ser justos’ o ‘son hipócritas respecto a la santidad’).

En segundo lugar, señala cómo Bernabé también fue arrastrado a caer en ‘hipocresía’. Dice San Pablo textualmente: “De modo que también Bernabé fue arrastrado por ellos en aquella hipocresía” (*hypókrisis*; Gál 2,13).

²² CASTELLANI, L., *El cicuta*, en *Camperas*, Editorial Vórtice, Buenos Aires, 2003¹².

²³ CASTELLANI, L. *El Evangelio de Jesucristo...*, p. 298

fariseísmo como empresa de su vida, como empresa personal de su poderosa personalidad viva. (...) Vino a luchar contra todos los vicios, maldades y pecados; pero él personalmente luchó contra el fariseísmo. Lo tomó por su cuenta. Ver los santos Evangelios”²⁴.

Hagamos nuestra la misma oración del P. Castellani: “Dios mío, dame fuerzas para poder mirar el fariseísmo sin demasiado miedo y sin demasiado asco. Pero dame también gracia como Tú para mirarlo de frente”²⁵.

²⁴ CASTELLANI, L., *Cristo y los Fariseos*, Ediciones Jauja, Mendoza-Argentina, 1999, p. 163.

²⁵ CASTELLANI, L., *Cristo y los Fariseos...*, p. 41.